

VIDA INTERNACIONAL

KHRUSHCHEV EN EE. UU.

Es indudable que la historia del siglo actual incluirá la visita de Khrushchev a EE.UU. entre los acontecimientos más extraordinarios del mismo y lo señalará como muestra indiscutible del creciente influjo que la Unión Soviética va adquiriendo en el mundo entero. Porque la actitud arrogante que el Premier ha mostrado en todas las ocasiones y que recuerda el desenfado con que trató al Vice Presidente Nixon cuando ambos inauguraron la Exposición Americana en Moscú hace unos meses, parece indicar una firme persuasión de la superioridad rusa y un total convencimiento de que es éste el mejor modo de llevar adelante sus planes de conquista mundial.

Ya antes de abandonar el suelo soviético señaló claramente las condiciones que él exigía para una "coexistencia pacífica". Los EE.UU. deberían: 1) desistir de todo esfuerzo ulterior para detener la ola del comunismo, 2) aceptar las demandas soviéticas acerca de Alemania y Berlín occidental (o sea entregar la ciudad al gobierno marioneta de Alemania del Este) y 3) liberar al comercio con Rusia de toda suerte de trabas, o dicho en otras palabras facilitar a Rusia la obtención de toda clase de productos estratégicos con los cuales pueda "enterrar" cuanto antes al capitalismo americano.

Sus palabras en el mismo aeropuerto militar donde desembarcó, en el banquete ofrecido por el Presidente Eisenhower en la Casa Blanca, en el banquete ofrecido por la Ciudad de Nueva York en el Hotel Comodoro y sobre todo en el Club Nacional de Prensa de Washington, no han hecho sino confirmar estas exigencias y esta jactanciosa intolerancia, reforzada aún más por el lisonjero éxito obtenido (según ellos) con el famoso cohete que los científicos rusos lanzaron a la luna dos días antes de su llegada a "descubrir" América. En estas y en sus posteriores visitas a las Naciones Unidas, a San Francisco, etc., no ha hecho otra cosa que repetir machaconamente estas mismas tesis sin añadir nada nuevo, mezclando como siempre chistosas payasadas con desplantes y momentos de más o menos fingida indignación, en los cuales, como en todos los otros, se ha esforzado por meter bien hondo en los cerebros de sus oyentes la persuasión de que ya no hay elección mas que entre la guerra que "cubrirá al mundo de tumbas y cenizas" o dejarse guiar por él hacia el triunfo del comunismo, aceptando sus "pacíficas" propuestas. Eran de ver las caras de aburrimiento de los que más o menos forzosamente asistían resignados al "festejo" en honor del que ellos mis-

mos han llamado el "enemigo público número 1 de EE.UU." y que les ha ofrecido gentilmente sus servicios como "enterrador" de su patria! Es cierto que ha habido quien esperaba un notable cambio de actitud y una mayor amplitud en su "ideología", al menos de palabra. Pero después de oírle decir en el Club Nacional de Prensa que "en la lucha entre el capitalismo y el comunismo (léase entre EE.UU. y Rusia) estaba personalmente convencido de que el comunismo resultaría victorioso" no ha habido reportero que no se haya mostrado totalmente decepcionado ni haya dejado de reflejar en sus periódicos la poca esperanza que todavía queda de que salga nada bueno de esta visita.

Según el "Zar Ruso", el "Gran Jefe de los Asesinos", el "Ahorcador de los Ucrucianos" y "Carnicero de Hungría" (son epítetos con los que le ha obscurado la prensa de EE.UU.) no hay persecución de los judíos en Rusia, ni él sabía nada de los crímenes de Stalin, ni hay por qué quejarse de la represión en Hungría ni de los miles de asesinatos cometidos por los comunistas rusos en esa nación (entre otras, claro está), porque "nuestras manos nunca tiemblan, fueron sus palabras en el Club Nacional de Prensa! cuando hay que aplastar a la clase enemiga". Y si los obreros se unen a los contrarrevolucionarios "las balas soviéticas no distinguen entre ellos y la clase enemiga".

Todavía considera a EE.UU. tan fuerte como Rusia y por eso habla aún de paz entre ambas poderosas naciones. Pero esta paz no tiene por qué extenderse a otras guerras de menor cuantía entre otros pequeños estados como Vietnam y Laos. Su propuesta de desarme, hecha ante las Naciones Unidas, resulta tan embrollada como todas las que sus gerifaltes han estado haciendo por encargo suyo en Ginebra durante estos últimos años y elude el punto crucial y único importante de aceptar lisa y llanamente un control eficaz dentro de sus propias fronteras. Y en cuanto al problema de Berlín, el más inmediato y candente, su actitud no ha cambiado en lo más mínimo y sigue insistiendo en que los Occidentales retiren sus tropas de la capital alemana y en que se firme una paz separada con cada una de las dos Alemaniás y acusando a los "militaristas alemanes" (léase occidentales) de provocar una tercera guerra mundial.

Todo ello explica más que suficientemente la actitud adoptada por elemento oficial de esta gran nación, actitud que no hace sino reflejar lo que piensa el pueblo estadounidense que presenció correcto pero silencioso el paso del gran comediante ruso por las calles de Washington: el ex Presidente Truman ha declinado recibirlo lo mismo que otros políticos, condenando su venida en declaraciones de prensa y varios prelados católicos han ordenado especiales oraciones a sus feligreses, siguiendo en esto el ejemplo del Papa.

Era un espectáculo por demás curioso ver al gordinflón ruso agitando su sombrero desde el automóvil bien flanqueado por la policía, para devolver unos supuestos saludos que nadie le enviaba! Tan solo la prensa soviética se ha atrevido a llenar columnas de indigesta prosa con la narración del "paseo triunfal" de su Jefe Supremo por las calles de Washington. La realidad vista y oída por los 190 millones de habitantes de E.E.UU. en la televisión ha sido que rara vez, en un recorrido de unos 45 minutos, se oyó un aplauso y que todos los que asistimos a este triste cortejo (muy parecido a un entierro de primera, según el "Daily News" de Nueva York) pudimos contemplar muchas caras indiferentes y muchos rostros ceñudos entre los que presenciaban su paso por las calles de la capital de la Unión.

En Nueva York no hubo mayor entusiasmo por parte del pueblo ni menos bravatas por parte del ruso. Si fuera aún capaz de aprender y no tuviera el cerebro amurallado a toda idea nueva, la lección de esta indiferencia total y de esta actitud digna de un pueblo verdaderamente amante de la libertad hubiera podido ser útil a Khrushchev de la inutilidad de fingir como en Washington una respuesta a no interesan sus ofertas de felicidad.

Esperemos que, como lo pidieron a Dios los católicos y también muchos protestantes en sus oraciones de estos días, la paz mundial no resulte aún más maltrecha como consecuencia de esta "pacífica" bufonada.

UN SOFISTA EN APUROS

Cuando las autoridades de la Ciudad de Nueva York vieron alejarse el avión que conducía a Khrushchev y a sus acompañantes camino de California debieron sentirse muy aliviadas. Porque si juzgamos por las extraordinarias precauciones tomadas en esta ciudad durante los días de su estancia, era sin duda muy grande el temor a que un atentado imprevisto acabara con la vida del dirigente ruso y acaso con la paz mundial. Sobre todo si tenemos en cuenta que la policía americana, que no gusta de prodigar medidas inútiles ni prevenir complicaciones irreales, puso en movimiento 4.000 personas entre policías secretos y no secretos, agentes del F.B.I., soldados y marinos, en Nueva York y a lo largo de carreteras y vías férreas por donde había de pasar, y afirmó solemnemente que jamás hubo persona mejor guardada en toda la historia de esta ciudad, famosa ya por sus bien montados servicios policiales. La reacción indignada de húngaros, polacos, ucranianos, lituanos y rusos emigrados, mezclados en un área tan reducida como la isla de Manhattan con otros nueve millones de personas de todo origen y condición; la dificultad de vigilar todas y cada una de las habitaciones de inmensos edificios y rascacielos bajo los cuales había de pasar el ruso (unos 6 millones de puertas y ventanas); la facilidad con que hoy puede ocultarse un arma poderosa, la puntería de los desperos

a larga distancia, habían más que justificado estas medidas.

Por todo ello ha sido un gran triunfo de la Policía el que todo haya transcurrido normalmente, fuera de algunas pocas detenciones a última hora y de la inevitable lucha para contener a conveniente distancia del Hotel Waldorf Astoria a los cientos de hombres y mujeres que con sus pancartas y sus gritos de esforzaron en hacer sentir al ruso su airada protesta.

En cuanto al resto de los habitantes de Nueva York podemos decir que mostraron muy poco interés por hallarse presentes a su paso por las calles y desde luego ningún entusiasmo. La mayor parte de los recorridos los ha hecho a gran velocidad y sin intentar siquiera un saludo a través de los cristales cerrados del coche oficial. Bastaron dos días para convencer a Khrushchev de la inutilidad de fingir como en Washington una respuesta a saludos inexistentes y con su actitud correcta de ordinario y su aparente buen humor pareció aceptar resignadamente el hecho.

Pero no fué así en la segunda parte de su viaje, dedicada al Lejano Oeste. Cuando supo que no podría ir a Disney Land, porque la Policía californiana no garantizaba su seguridad, el irascible ruso se desató en denuestos y amenazó en pública conferencia en Hollywood con marcharse a su "reino" dejando la visita inconclusa. En vez de agradecer la protección dispensada a su importante persona, pretendió creer que de lo que se trataba era de evitar las ovaciones y el entusiasmo del pueblo por su oratoria revolucionaria. La consecuencia fué el ordenar el Ministro de Relaciones Exteriores, Christian Herter a las autoridades que se abstengan de toda controversia y procuren ignorar sus botaratas, dejándole que se mezcle más con el público. Al mismo tiempo hacía unas declaraciones, afirmando una vez más la buena voluntad de su Gobierno en relación con la visita del Premier ruso. Parece ser que éste sufre de amnesia y ha olvidado hace mucho el modo cómo él mismo trató al Vice Presidente Nixon en su patria.

Pero, una vez conseguido el silencio de sus arguyentes, que es sin duda lo que pretendía, volvió a mostrarse canchero y hasta amable y al llegar a San Francisco prometió "en premio" continuar favoreciendo al pueblo americano con su estimada presencia. La última disputa violenta y también la última vez que evidenció la impotencia para defenderse de las preguntas que se le hacían fué por ello la que tuvo con el Alcalde de la ciudad de los Angeles. Desde entonces toda iría como una seda.

Para que nuestros lectores comprendan sus apuros y procuren excusar su empeño en no discutir, ahí van algunos botones de muestra, tomados de las escaramuzas en que se vió envuelto en Washington y Nueva York los primeros días de su gira "triumfal".

1. MATANZAS EN HUNGRÍA

Khrushchev no las negó, ni siquiera se excusó de ellas. "Nuestras manos nunca tiemblan (dijo en Washington a los periodistas) cuando hay que aplastar a la clase enemiga. Y si los obreros se unen a los contrarrevolucionarios, las balas soviéticas no distinguen entre ellos y la clase enemiga". No viene mal tomar nota de esta respuesta tan "suave" para cuando los comunistas de nuestros países latinos se empeñen en negar el hecho de la rebelión.

2. LIBERTAD DE COMERCIO ENTRE EE.UU. Y RUSIA.

¿Qué quiere Ud. vendernos y que quiere Ud. comprar? —le preguntaron en Nueva York. Como lo que pretende es llevarse ciertos productos que pueden servir para la guerra y que naturalmente EE.UU. no tiene interés ninguno en vendérselos, respondió airadamente que él no venía a mendigar la venta de nada y que no necesitan cosa especial, porque están tan adelantados como ellos. Solo quiere "que se supriman las trabas", en favor de un inocente "aumento" recíproco en el volumen del comercio. Dió la casualidad que en aquellos días se supo cómo Alemania Occidental está aún por poder conseguir automóviles rusos, a pesar de sus insistentes demandas.

3. LIBERTAD DE PRENSA

En el Economic Club de Nueva York se le preguntó: Si Ud. desea mejorar las relaciones entre EE.UU. y Rusia, ¿por qué no permite a los rusos oír las transmisiones de la Radio americana ni la venta de nuestra Prensa, siendo así que los periodistas soviéticos pueden enviar a la URSS cuantas informaciones desean sin censura alguna?

Al principio el ruso procuró escurrirse como una anguila, pero ante la insistencia de los circunstantes que exigían a voces una respuesta, en vez de responder se puso furioso y dijo: "Caballeros, soy ya perro viejo y no me asustan sus gritos. Si no desean escucharme me voy, porque no he venido a mendigar nada. He venido como el representante de una gran nación, de un gran pueblo, que ha hecho una gran revolución y ni sus gritos pueden oscurecerla ni evitar las grandes realizaciones de nuestro pueblo. La cuestión de decidir lo que nuestra gente debe oír es asunto de nuestro pueblo y de nuestro Gobierno".

El comentario que hace a esto la Prensa americana es que tal cosa puede estar muy en consonancia con los postulados de una dictadura comunista, pero que no ayuda poco ni mucho

Nueva York, Setiembre 1959.

al propósito que "dice" traer de mejorar las relaciones mutuas entre ambos países.

Es curioso observar que la Propaganda Soviética que ha venido obstruccionando las emisiones de EE.UU. de una manera constante, interrumpió esta labor tan sólo los primeros días de la visita, sin duda para que sus leales súbditos pudieran oír los discursos de su Jefe y las esperadas ovaciones del pueblo americano, volviendo a cerrar el telón de acero sobre las ondas el mismo día en que Nikita se estaba defendiendo malamente de los ataques de estos "indecentes" capitalistas y tan solo en contadas ocasiones volvieron a levantarlo de nuevo, como cuando vieron que los granjeros californianos mostraban algún mayor interés por él.

4. YO SERE VUESTRO ENTERRADOR

Esta frase le ha hecho mucho daño en EE.UU. ¿Cómo es posible que usted pretenda —se le dijo— una coexistencia pacífica entre nuestros países si está Ud. amenazándonos no sólo con sobrepasarnos sino con hundir al capitalismo que es el régimen económico existente en EE.UU.?

No había escapatoria fácil para el voluble ruso. Con todo, la encontró en una aparente retirada táctica, afirmando que si los americanos quieren continuar con su sistema allá ellos pero añadiendo que cada nación debe seguir su propio camino, que él no podía ofrecerles ninguna garantía ni receta para curar sus males.

En cierta ocasión el mismo Cabot Lodge, Embajador de EE.UU. ante las Naciones Unidas y acompañante oficial de Khrushchev, tuvo que pararle los pies. Ciertamente de una nación que consume los dos tercios de todo lo que produce, en la que un obrero minero gana de 25 a 28 dólares al día y en la que aproximadamente tienen auto y casa propia tres de cada cuatro familias, no se puede decir, como dijo él, que vive en un capitalismo que no se diferencia en nada del estrecho y egoísta de los tiempos de Carlos Marx y que el famoso judío alemán describe en su obra "Das Kapital".

No vamos a continuar. No hace falta. Para probar cómo la dialéctica de Khrushchev, como toda dialéctica basada en el comunismo, resulta impotente para soportar una controversia pública, basta lo dicho. La rabia, el insulto y la condena al silencio forzoso pueden ser argumentos muy del gusto de los comunistas, pero no sirven de nada entre personas libres e inteligentes. Khrushchev se rió de Nixon en Moscú, pero tuvo luego que purgar su pecado en Norteamérica.

SEBASTIAN MANTILLA, S. J.